



VIDAS Y MUERTES DEL SEÑOR

T.S. Eliot

LINA
MARÍA
AGUIRRE
JARAMILLO

En la casa número 3 de la calle Kensington Court Gardens, al oeste de Londres, se encuentra una de las tradicionales placas azules conmemorativas de English Heritage: “T.S. Eliot - Poet lived and died here”. La placa fue erigida en 1986, veintiún años después de la muerte del personaje, el 4 de enero de 1965. Al conmemorar el cincuentenario, ¿cuánto vivió y cuánto murió el polifacético T.S. Eliot? Supo de profundos padecimientos y ciertas contenturas, de la volatibilidad del “viento del este” que a veces es fresco como el agua pero muchas otras gime, llora y sopla en contra; que “abril es el mes más cruel”, y que aunque el mundo “no termina con un estallido, sino con un quejido”, este puede ser devastador.

El origen es East Coker, un pueblo en Somerset, al sur de Inglaterra, de donde provenían los ancestros de la familia paterna, quienes se instalaron al noreste de Estados Unidos, en la región de New England. El abuelo William Greenleaf Eliot partió de allí hacia el sur, al estado de Missouri, en misión evangélica con el fin de abrir una Iglesia Unitaria en St. Louis. El padre, un exitoso hombre de negocios, Henry “Hal” Ware Eliot, y la madre, de soltera Charlotte “Lottie” Champe Stearns, trabajadora social que escribía poesía en privado. De los seis hijos que tuvieron y sobrevivieron, “Tom” fue el último; su hermano inmediatamente mayor le llevaba ocho años.

De sus primeros años hasta la adolescencia, Eliot guardó una poderosa influencia vital y creativa marcada por el río Missouri. Pensaba que existía “algo en haber pasado la niñez al lado de ese gran río”, algo que una persona que no lo hubiese tenido no podía realmente entender y que para él fue una fortuna que prefería a haber crecido en Boston, Nueva York o Londres. San Luis, de otra parte, era a todas luces el lugar que le “había afectado mucho más profundamente que cualquier otro entorno”. Fue allí, entre los meandros del río y alrededor de la casa familiar en la calle Locust, donde el joven comenzó a andar, a observar y, sobre todo, a leer. En el libro de memorias de su amigo Robert Sencourt, Eliot aparece con el rostro tapado por un libro, el cuerpo encogido en el marco de la ventana, toda la atención puesta en algún relato de aventuras en el medio oeste, entre tribus salvajes o las de Tom Sawyer. Rápidamente serían también las de Sherlock Holmes: Eliot desarrolló una afición casi obsesiva por las historias de Arthur Conan Doyle, ufanándose —modestamente a su manera— por recitar de memoria extractos largos. “A la mención del nombre, se iluminaba como una antorcha”, recordaba Lawrence Durrell, y si se le olvidaba cualquier detalle relacionado con Conan Doyle, “su enojo era cómico”.

Cuando Eliot era solamente “Tom”, como lo llamaban su familia y amigos, hay que retratarlo llenando sus días de páginas leídas y escritas, de impresiones como las que tuvo en la Feria Mundial de San Luis en 1904, que inspiraron su relato *The Man who was King*, publicado en 1905, sobre un pueblo filipino llamado Igorot. Hay que sentarlo

en los salones de la Smith Academy, en donde estudió desde 1898 hasta 1905, aprendiendo latín, griego, alemán y francés, y en donde publicó su primer poema, a los catorce años, “A Fable for Feasters”. Hay que conducirlo de nuevo al noreste, a territorio yankee, a la Milton Academy de Massachusetts para un año de preparatoria antes de atravesar la gran puerta de entrada a Harvard College para hacer, y terminar aventajadamente en tres años, sus estudios de Filosofía. Hay que rastrearlo dando sus primeros pasos en la que prometía ser una carrera académica, y también haciendo sus primeras experimentaciones como autor de algunos versos publicados en la revista estudiantil *Harvard Advocate*.

En ese periodo, hay que asociarlo con dos hombres que serían muy influyentes como amigos y como literatos: el novelista Conrad Aiken y, antes, Scofield Thayer, quien se convertiría después en el editor de *The Waste Land*. Y por ninguna razón hay que abandonarlo en sus descubrimientos: Verlaine, Rimbaud y muy especialmente Jules Laforgue y Tristan Corbière, cortesía de *The Symbolist Movement in Literature*, el libro recién publicado entonces, en 1899, de Arthur Symons. Entre 1909 y 1910, ya es profesor asistente en Filosofía en Harvard, labrando el sendero hacia posteriores estudios allí, entre 1911 y 1914, de filosofía india y sánscrito, y luego el doctorado.

Pero al joven Tom también hay que retratarlo con unas orejas puntiagudas que lo avergüenzan por las burlas de los niños, y seriamente enfermo con una hernia inguinal doble, congénita, incapacitante para muchas actividades físicas de los muchachos de su edad. Hay que saberlo querido por sus padres, con una madre que lo adora al tiempo que acentúa la timidez natural del hijo mientras lo obliga a llevar un soporte bajo los pantalones por la hernia. Un padre llevado de su parecer, autoritario, represivo, para quien, según la biografía de Robert Crawford *Young Tom* (2015), sexo era sinónimo de inmundicia y la sífilis un “castigo de Dios”. Una masculinidad “encorsetada”, como la define el crítico Robert McCrum en el semanario británico *The Observer* (enero de 2015), que puede relacionarse con algunas insinuaciones de homosexualidad que el biógrafo hace esporádicamente.

Cuando T.S. Eliot murió, el editor estadounidense Robert Giroux pronunció:
“el mundo se ha vuelto un lugar menor”.

Eliot y el sexo es un capítulo con dobleces. Los poemas juveniles “King Bolo” y “Columbo” son obscenos, con una carga añadida de transgresión y tinte de pequeño escándalo. Décadas después, las sugerencias sobre su bisexualidad fueron categóricamente rechazadas por él. A los veintiséis años, en una carta, Eliot confesó ser “muy dependiente de la compañía femenina”. Después de su madre, cuatro fueron esas compañías: Vivienne Haigh-Wood, con quien se casó a los cuatro meses de conocerla; Emily Hale, una amiga de los tiempos de Harvard que no le había hecho caso en ese momento pero con quien se reencontró en una visita posterior como profesor invitado. Pasaron juntos varios veranos en Inglaterra durante la década de los treinta pero, a pesar de las expectativas de Emily, no quiso casarse con ella al morir Vivienne.

Mary Trevelyan, profesora de London University, fundadora de International Student House en Londres, mantuvo con él una relación aparentemente asexual, en la cual Eliot además no aceptaba cenar juntos dos noches seguidas, y declinó las tres propuestas de matrimonio que ella le hizo. Y finalmente Esmé Valerie Fletcher, treinta y ocho años más joven que él y quien había sido su secretaria. Se casaron el 10 de enero de 1957 en una ceremonia religiosa que mantuvieron inicialmente en secreto. La noticia del matrimonio hizo que Mary no volviera a dirigirle la palabra a Eliot, y Emily tuvo una crisis nerviosa y fue hospitalizada en Boston. “Se nos dice que debemos perdonar a nuestros enemigos”, escribía sobre el autor, en el diario *The Guardian* (mayo de 2014), la poeta Roz Kaveney, pero “Eliot no pudo ni siquiera perdonar a quienes lo amaban”. Valerie se dedicó, hasta su muerte el 9 de noviembre de 2012, a preservar la memoria de Eliot, administrar su herencia, hacer ediciones especiales y ser una mezcla de Ofelia, Mistress Quickly de las

Viudas de Windsor y Bruja Blanca: “el arquetipo de la viuda literaria”, en palabras de McCrum.

Vivienne Haigh-Wood fue la mujer con quien Eliot “solamente quería un flirteo” pero “se convenció a sí mismo de que estaba enamorado”. Ella está ligada al germen de acontecimientos que convertirían a Tom en T.S. Eliot. El punto de encuentro es Inglaterra, a donde había llegado él con una beca para estudiar en Oxford entre 1914 y 1915. Es cierto que los famosos capiteles oxonienses no causaron su proverbial ensoñación en el veinteañero estadounidense: “odio las ciudades universitarias y la gente universitaria, que es la misma en todas partes [...] Oxford es bonita pero no me gusta estar muerto”. Para resucitar, a solo 90 kilómetros al noroeste estaba Londres. La capital inglesa significó ingresar al círculo de una de las anfitrionas más obsequiosas y una de las mujeres más interesantes de la época, Lady Ottoline Morrell, quien se encontraba entre las figuras centrales del llamado Bloomsbury Group, el grupo artístico e intelectual que gravitaba alrededor de personajes como Virginia Woolf, E.M. Forster o Lytton Strachey, reunidos en Londres o en la casa campestre de Lady Ottoline, quien era también muy cercana a Bertrand Russell, casado pero desinteresado de la noción tradicional de fidelidad. Siendo también estudiante en Oxford y con un empleo de institutriz en Cambridge, apareció la señorita Haigh-Wood, danzante y vivaz, aunque también alterada. Sus mismos padres no estaban seguros de que debía casarse, y mucho menos tener hijos.

Pero Eliot estaba resuelto a “quemar sus velas” y permanecer en Inglaterra. Acordó el matrimonio rápidamente, sin avisar a sus padres, seguramente previendo su desaprobación y autoinfligiéndose un dilatado complejo de culpa por esa razón. La noche de bodas determinó el fracaso tormentoso de la pareja, y la novia,

ataviada en encaje negro, resolvió prontamente que su marido ameritaba el apodo de “queridísimo Wonkypenky”, una expresión clara de frustración que ella palió durante un tiempo con Russell (a cuya casa fue a parar la pareja de recién casados) a pesar de que él la encontraba un poco vulgar, aunque “aventurera y llena de vida”. Mientras tanto, Eliot buscaba cómo conseguir dinero y, según Crawford, “se sentía avergonzado de su matrimonio” con una esposa “extraordinariamente inmadura, casi infantil”. A la vergüenza se le sumó el desvarío. Vivienne acusaba un largo catálogo de dolencias: migrañas, cólicos, colitis, insomnio, fiebres, neuralgia, además de ataques de nervios e histeria.

La casa olía a hospital. Cuando veía cómo se desenvolvía esta tragedia doméstica, Eliot, políglota, consiguió trabajo como profesor en Birkbeck College, en la Royal Grammar School y otras escuelas públicas y privadas. También en el departamento de cuentas extranjeras del banco Lloyds. Había terminado su tesis doctoral: *Knowledge and Experience in the Philosophy of F.H. Bradley*, pero nunca se presentó a la defensa. En una entrevista de *Paris Review* de 1959, el autor afirmó que las “fuentes emocionales” de su obra provenían de Estados Unidos, en donde tenía más en común con sus “distinguidos contemporáneos que con cualquier cosa escrita por [su] generación en Inglaterra”. Al año de casado le ofrecieron una plaza en Harvard, pero dudó un tiempo y finalmente rechazó la oferta por no dejar a Vivienne, quien se había negado a viajar por miedo a los submarinos. A partir de ese momento, salvo estancias temporales como conferencista o catedrático invitado (estaba en una residencia en la universidad Princeton cuando recibió la noticia del Nobel), Eliot nunca se reestableció propiamente en Estados Unidos. Su carrera como editor la comenzó en Londres en la revista *Egoist*, y después como fundador y director de *Criterion*, combinando como podía los tiempos con el empleo en el banco, hasta que en 1925 lo dejó para trabajar en Faber and Gwyer (luego Faber and Faber), la editorial en donde publicó a autores como W.H. Auden y Ted Hughes, quien en su admiración lo llamaría el “gurú jefe”.

Para el año 1919, la pareja “Tom y Viv” (el título que usaría Michael Hastings para la obra

de teatro de 1984, llevada al cine en 1994 bajo la dirección de Brian Gilbert) era atterradoramente frágil. Él decayó en una crisis nerviosa para la cual Lady Ottoline prescribió una cura en una clínica en Lausanne. Tres años más tarde, ella estaba bajo un nuevo tratamiento que resultó inútil y el deterioro presagiaba demencia. Estaban prácticamente separados, aunque esto no se formalizó sino hasta 1933, después de que Eliot regresara de una estadía que hizo solo, durante un año, como catedrático en Harvard. Desde 1932 hasta 1947, cuando Vivienne murió en el hospital mental Northumberland House, el escritor solamente se reunió con ella una vez.

“Amo a Tom de una forma que nos destruye a los dos”, escribió Vivienne. Pero tres años antes, en el punto más álgido de su debacle matrimonial, Eliot había empezado a escribir una nueva obra cuyos últimos versos había compuesto en el tiempo de su terapia suiza “como si estuviera en un trance”, y para 1922 repasaba una y otra vez el último borrador de *The Waste Land*.

El manuscrito pasó a manos de Ezra Pound (a quien el autor lo dedicaría). Eliot lo había conocido cuando decidió pasar el menor tiempo posible en Oxford y el mayor posible en Londres. El poeta y crítico estadounidense expatriado en Europa fue uno de los motivos de Eliot para querer quedarse a vivir en Inglaterra, a pesar de que siempre se había sentido particularmente inclinado hacia Francia, como escribía en un ensayo sobre W.B. Yeats de 1940: “el tipo de poesía que necesitaba enseñarme a usar mi propia voz no existía en inglés, solamente la encontraría en francés”; y a pesar de que en algún momento calificó la poesía de su mentor como “conmoveramente incompetente” (después se retractó de ello). Pound apodó a Eliot “Old Possum”, nombre que luego usaría este último para su colección *Old Possum's Book of Practical Cats*, publicado en 1939. Seis de los poemas fueron musicalizados por Alan Rawsthorne, un trabajo que Andrew Lloyd Webber adaptó para el célebre musical *Cats* en 1981 en Londres.

Cuando T.S. Eliot murió, el editor estadounidense Robert Giroux pronunció: “el mundo se ha vuelto un lugar menor”. El compositor Stravinsky lo llamaba “no solamente el gran mago de las palabras sino el guardián mismo del lenguaje”, que

T.S. Eliot y Valerie Eliot



T.S. Eliot y Virginia Woolf



Se ha criticado a Eliot por ser demasiado académico. Aunque se le reconoce su lugar en el canon, críticos como Stephen Greenblatt lo encuentran “deficiente” en su construcción de la experiencia humana que transcurre entre los extremos del “santo” y del “pecador” examinados en la colección *Norton Anthology of English Literature*.

se nutría tanto de los simbolistas franceses como del drama isabelino. La educación “rotunda” de Eliot, como lo demuestra Crawford, marcó por supuesto una noción propia de identidad: “clasicista en literatura” (además de “monárquico en política, anglo-católico en religión”). El descubrimiento que él ha dejado para seguir haciendo tras cincuenta años de muerto es ver cómo aquellas preferencias se van entreverando, a lo largo de su carrera, con las estructuras complejas de sus poemas, con los cambios abruptos de voces, tiempo y lugar en *The Waste Land* (1922), con las constantes insinuaciones al desapego, a lugares teñidos de remembranza americana, al fluir de imágenes del inconsciente, a la experiencia de la creencia religiosa, o al torrente de referencias filosóficas y literarias de su tradición. Con la extrañeza de líneas como la tercera del comienzo de *The Love Song of J. Alfred Prufrock* (1915), con un paciente “etherised” sobre una mesa, dubitativo, acosado entre la indecisión y la inhibición; una inesperada alusión de quirófano en una canción de amor:

de niño, Eliot había conocido el Monumento al Éter en los Jardines Públicos de Boston, ciudad que a finales del siglo XIX y comienzos del XX fue pionera en el uso de la anestesia en cirugía.

Así mismo, en su obra se le escucha reconociendo “la existencia siempre al borde de la nada”, y acudiendo entonces a una meditación sobre la naturaleza del tiempo iluminada por la teología cristiana y el peregrinaje interior al tono de los cuatro elementos —aire, tierra, agua, fuego— de *Four Quartets* (1943), la obra que él consideraba maestra y señalada por la Academia cuando le otorgó el Premio Nobel en 1948. Entre la década de los cuarenta y comienzos de los sesenta, el mundo literario vivió lo que la crítica Cynthia Ozick llama “la era de Eliot”, cuando el autor era una “luminaria permanente”, colosal, culminante. Pero su influencia, inevitablemente, empezaría a decaer, y la reputación a perder el aire de infalibilidad. Él mismo decidió un día, con voz veterana, hablar de *The Waste Land* simplemente como “una pieza gruñona y rítmica”. A Eliot el

pasado lo podía poner inseguro, el futuro ansioso, y el presente lo podía paralizar: “Les mostraré el miedo en un puñado de polvo”.

Se ha criticado a Eliot por ser demasiado académico. Aunque se le reconoce su lugar en el canon, críticos como Stephen Greenblatt lo encuentran “deficiente” en su construcción de la experiencia humana que transcurre entre los extremos del “santo” y del “pecador” examinados en la colección *Norton Anthology of English Literature*. En los últimos años, además, se ha discutido sobre su supuesto antisemitismo, una acusación que él siempre negó, llegando incluso a eliminar algunas líneas polémicas de sus escritos en nuevas ediciones.

En *Burbank with a Baedeker: Bleistein with a Cigar* (1920) se lee: “Las ratas están bajo los montones / el judío está debajo de todo / El dinero en pelaje”. Como en este fragmento, se encuentran otras menciones que podrían justificar el cargo. Al paso ha salido Craig Raine, con el controvertido libro *Defense of T.S. Eliot* (2001). Terry Eagleton advirtió en algún momento que los críticos no deberían estar defendiendo a sus autores como si fueran padres de niños traviesos, y aceptar tanto su reputación establecida “más allá de cualquier duda” como el hecho de que no son santos. En el caso particular de Eliot: mejor no hacerlo pasar como el “arcángel san Gabriel” y verlo en toda su complejidad, la misma que invoca el biógrafo Crawford cuando recuerda que Eliot, con su preparación filosófica, sabía que la conciencia, como la ideología, podían ser inestables. Relaciona el antisemitismo del autor con un “precondicionamiento” de su infancia, heredado de su familia. La madre, en sus propias palabras, decía tener una “antipatía instintiva contra los judíos”.

Quienes expresamente no estaban interesados en un Eliot oliendo a santidad eran varios de los *literati* de su época, desconcertados ante su conversión al anglicanismo en 1927, su ingreso —vitalicio— a la Sociedad del Rey Carlos el Mártir, su trabajo de guardia de la parroquia de St. Stephen en Londres y, en general, su religiosidad impregnándolo todo. El comentario desdeñoso del autor mismo sobre *The Waste Land* citado arriba puede estar relacionado con una expresión de la que podría llamarse “anglización” de Eliot: “se estaba volviendo bastante inglés”, observa

McCrum, con todo y la disposición a evitar autoelogios, con todo y el abrazar la fe de la Iglesia de Inglaterra. *Ash-Wednesday*, precisamente publicado en 1927, revela las preocupaciones del hombre que, sabiendo su fe perdida, la obtiene de nuevo pero no consigue dispersar sus dudas espirituales.

Mucha gente podía escapar de la realidad leyendo novelas, viendo películas, conduciendo rápido, viajando en aviones, según recuerda el autor Stephen Spender hablar a Eliot. La religión podía usarse también como un medio de escape, de hacer irrelevantes los sueños, “y puede ser muy efectivo como instrumento pero no funciona tan bien como otros”. Así es posible terminar entonces recordando a Thomas Stearns Eliot con su figura espectral, apodado “el sepulturero” por la sagaz Lady Ottoline, con cierta risa nerviosa, rechazando una invitación de Durrell a Grecia porque prefería, y lo hacía mejor, cuando escribía bajo cielos plomizos y entre aires sombríos. El escritor laureado que, aunque hubiese sido Tom alguna vez, parecía nunca haber sido joven. El hombre reducido finalmente a cenizas que fueron llevadas a East Coker, la tierra de origen y título de un *Cuarteto* en el cual ya había presagiado, en medio de la oscuridad: “Le dije a mi alma, permanece inmóvil, y espera sin esperanza”. ■

Lina María Aguirre Jaramillo (Colombia)

Doctora en literatura y periodista. Investiga sobre temas relacionados con la literatura inglesa, narrativa de viajes, ciencia y la relación internet-sociedad. Es docente en la Universidad Pontificia Bolivariana y escribe para distintos medios en Colombia y España.

Bibliografía

- Crawford, Robert (2015). *Young Eliot - From St Louis to The Waste Land*. Londres: Jonathan Cape.
- Eliot, T.S. (1991). *Collected Poems*. San Diego: Harcourt.
- (2000), *The Waste Land*. North, Michael (ed.). Nueva York: Norton Critical Edition.
- (2009). *Selected Poems*. Londres: Faber & Faber.
- Hall, Donald (1959). TS Eliot, “The Art of Poetry”. *The Paris Review*, N.º 21.
- Menand, Louis (2002). “The Women Come and Go”. *The New Yorker*, Septiembre 30.
- Poetry Foundation. TS Eliot Biography [enero-marzo 2015].

Las fotografías de las páginas 91 y 95 del artículo “El nuevo estado de la nación” (número 319) fueron tomadas por la autora, Lina María Aguirre.